

HIPO
LA GRAN CARRERA

Claudio Gregoire

Agradecemos como editorial a todos y todas quienes fueron parte de este libro, a Fernanda Crdova (nuestra talentosa ilustradora), a Macarena Hernández (nuestra crítica correctora), a Gianluca Crocetta y Patricia Capilla (traductores al italiano), Eliana Otarola, Macarena Hernández y Vanessa Jara (traductoras al inglés), y a nuestros amigos y amigas, sus hijos e hijas, quienes leyeron el libro, y nos retroalimentaron con sus valiosas opiniones.

Muchas gracias a todos y todas, pero por sobre todo, a Ignacio Gregoire, el inspirador de todo esto.

Índice

Capítulo 1: El hipódromo	11
Capítulo 2: El primer día	15
Capítulo 3: Los ratones	19
Capítulo 4: El encuentro	23
Capítulo 5: Grupo de avanzada	27
Capítulo 6: La gran noche	33
Capítulo 7: Una nueva casa	37
Capítulo 8: Un plan perfecto	43
Capítulo 9: Recuperando a Hipo	49
Capítulo 10: El rescate	53
Capítulo 11: Una nueva vida	57
Capítulo 12: De vuelta en la casona	63

Capítulo 1: El hipódromo

Un día precioso era el escenario perfecto para la nueva hazaña de Rayo. Si ganaba la carrera de aquél día, se transformaría en el caballo más exitoso de la historia.

Eran casi mil carreras ganadas. Para ser exactos, 999. Y es justo la de ese día la que haría que gane la corona de platino, trofeo jamás entregado y la obsesión del señor Apuestas, propietario de Greenwish, el haras del campeón.

Los caballos llegaron a la pista montados por sus jinetes, tomaron sus posiciones para esperar la señal de partida y... ¡partieron!

Rayo, como siempre, tomó la delantera. Todo el mundo gritaba y desde los exclusivos salones del hipódromo de Horsehouse, el señor Apuestas, junto a su asistente Delgado, observaban la carrera con sus prismáticos.

Por los altavoces de Horsehouse el locutor relataba a las miles de personas presentes lo que ocurre en la pista.

- ¡Es increíble lo que está haciendo Rayo!
- ¿Quién diría que este caballo podría algún día superar a sus antepasados y ganar lo que ningún caballo antes había podido: ¡Su carrera número mil!
- Pero es cierto, damas y caballeros, estamos frente a un verdadero campeón que, entrando a tierra derecha, ya le lleva suficiente ventaja a sus competidores como para dudar por un minuto quién será el nuevo campeón de la temporada.
- ¡Y el récord es de Rayo, mil carreras, sí señores, mil carreras ganadas! ¡Pero qué ejemplar!

Los titulares de los periódicos ya contaban del suceso: “Rayo, nuevo récord del mundo”, “Rayo es el caballo más rápido de la historia”, “Mil carreras para

Rayo y el mundo se rinde a sus pies”.

Junto a los titulares, la fotografía del caballo acompañado por su jinete y su dueño. Todos bajo el escudo de Greenwish, que en ese momento se estaba convirtiendo en el haras más exitoso del momento.

Luego de los festejos, al anochecer, el señor Apuestas y Delgado estaban fuera del establo felicitando al nuevo campeón.

- Así se hace Rayo, eres el mejor. Ni tu padre, ni tu abuelo, ni el padre de tu abuelo, han hecho de Greenwish el mejor haras del mundo; ni a mi padre, ni a mi abuelo, ni al padre de mi abuelo, el hombre más rico y poderoso de la ciudad. Y todo es gracias a ti.

- Pero esto no es todo, mi querido corcel. Para completar mi felicidad, hoy nacerá tu hijo y será, sin lugar a dudas, mucho mejor que tú. Por lo que mi futuro es insuperablemente exitoso.

- Nada más de palabrerías, Delgado. Lleva a Rayo a su establo, que el heredero está a punto de nacer.

El señor Delgado no le hacía mucho honor a su apellido. Por el contrario, era bastante gordo y pequeño y siempre andaba con su sándwich de queso y su refresco en lata, lo que lo hacía bastante divertido al lado de un caballo tan grande y esbelto como Rayo.

Momentos más tarde, Rayo llegó a la caballeriza, donde un grupo de veterinarios asistían a Rulitos, la madre del futuro campeón.

- ¡Vamos Rulitos, ya queda menos!

- ¡Puja un poco más!, ¡Nosotros te ayudaremos!

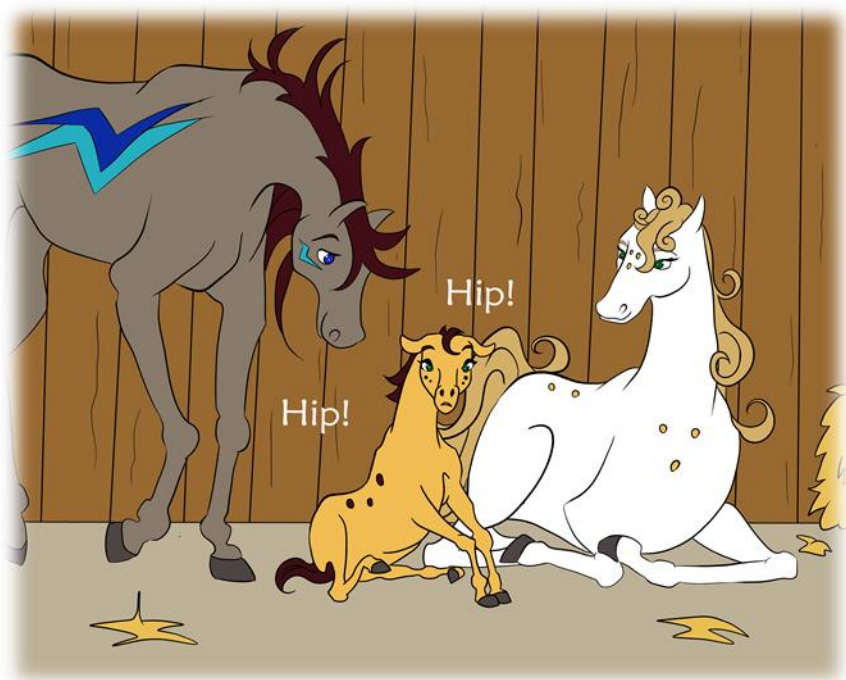
- ¿Lo estoy viendo!, dijo uno de los veterinarios.

- ¡Vamos, vamos que ya salió!

Desde lejos, Rayo miraba el nacimiento de su hijo hasta que se acercó tímidamente cuando los veterinarios salieron un momento para dejar a solas a la nueva familia.

- ¿Cómo estás Rulitos? -preguntó el emocionado padre.

- Muy bien mi amor -respondió la madre-. Te presento a tu hijo -dijo enamorada.



La cara de Rayo se enterneció al ver a su hijo que, apenas recién nacido, no controlaba aún sus movimientos.

- Es precioso -dijo Rayo-. ¿Cómo le llamaremos? -preguntó el emocionado padre.

Y mientras sus padres lo veían orgullosos, el nuevo miembro de la familia, aún sin nombre ni muchas fuerzas, trató de pararse sobre sus cuatro patas, pero como le comenzaron a temblar, cayó en seguida sobre sus pompis.

Rulitos y Rayo rieron y el nuevo potrillo los miró divertido, cuando de repente... ¡Hip!, ¡Hip!, ¡Hip!

- Ven acá hijo mío -dijo tiernamente Rulitos. Debes tener hambre. Ven acá que te daré leche -Así, madre e hijo se acercaron, cuando Rulitos preguntó a Rayo-. ¿Y qué te parece que le llamemos Hipo?

- Pero qué nombre más extraño -respondió el caballo.

- Por favor -dijo Rulitos con voz dulce-, míralo, si aún tomando su leche, no puede dejar de tener hipo. Esto debe de ser una señal -agregó.

- Está bien, dijo el caballo orgulloso, y mirando tiernamente a su hijo le dijo: Te llamarás Hipo, hijo de Rulitos y Rayo, primogénito de la dinastía donde tu padre, su padre, el padre de su padre y todos sus antecesores, hemos sido campeones, y es eso lo que esperamos que seas.

Capítulo 2: El primer día

- ¿Dónde tengo que ir Mamá? -preguntó Hipo.
- Es tu primer día en la escuela -respondió la madre tiernamente-, ya te lo he explicado muchas veces Hipo, agregó. Todos los potrillos como tú, que viven en Greenwish, deben ir a la escuela, donde les enseñarán a ser caballos de carreras. Y espero que campeones, al igual que tu padre.
- Pero yo me quiero quedar contigo, yo lo paso bien aquí -respondió Hipo.
- Nada de eso, tú debes ir a la escuela, como todos, ya verás que te vas a divertir -respondió la madre.

En eso, llegó el señor Apuestas para llevar a Hipo a su primer día de clases.

En la pista estaban todos los potrillos junto a su entrenador, quien les decía: ¡Vamos futuros campeones, a entrenar, que deben ser los mejores!

En la pista todos debían correr, para lograr ser algún día, un gran campeón. Pero Hipo no estaba muy contento. Correr todo el día y competir junto a otros caballos, no le hacía mucha ilusión.

Luego de algunas semanas, un día por la mañana, se escuchó en la casa de Hipo...

- ¡No quiero, no quiero, y no quiero! No quiero ir más a la escuela -gritaba Hipo a sus padres.
- Pero qué dices, hijo mío -le decía su madre-, ya te he dicho muchas veces que todos los potrillos que viven aquí tienen que ir a la escuela.
- ¡Pero yo no quiero hacer eso! -contestó Hipo furioso.
- No digas eso mi amor -contestó su madre dulcemente.
- No quiero ir Mamá, por favor, no me manden a la escuela -dijo Hipo muy triste.
- ¡Nada de eso! -gritó el padre muy enojado- ¡Tú eres un caballo de carreras,

como lo soy yo y mi padre, y el padre de mi padre! Así que nada de tonterías y te vas a la escuela, como todos -ordenó.

Hipo se fue muy enojado y, cuando estaba en la pista, comenzó a planear su gran escape.

Una vez se aseguró que nadie lo veía, corrió tan rápido como pudo, saltando las rejas del hipódromo, perdiéndose por la ciudad.



Mientras corría, pensaba:

- Mis padres están equivocados: yo no quiero ser un caballo de carreras. Yo quiero conocer el mundo y vivir muchas aventuras. No quiero competir por ser el mejor. Yo sólo quiero conocer nuevos amigos y pasarlo bien.

Mientras pensaba, seguía corriendo, hasta que el hipódromo fue quedando atrás y una vez seguro que nadie lo seguía, comenzó a caminar por la ciudad, una ciudad que él no conocía y que era el comienzo de su gran aventura.



